

Corazón payaso

—Libro de sonetos humoristas, por Alberto Guillén—

DE Alberto Guillén sabíamos ya por *Prometeo y Deucalión* que era un poeta filósofo, a la manera emersoniana, lleno de moceril optimismo y de autolatría arrogante. Si hubiera insistido en su actitud retadora, en la afirmación monótona de su divinidad habríamos acabado por poner en duda la plenitud de su fuerza poética. Pero descendiendo de sus regiones mitológicas y descalzándose el clásico coturno, he aquí que en este libro, Guillén, ha querido probarnos su múltiple destreza lírica. El poeta de los versos erguidos y valientes, de la austera rudeza y la catadura profética, conoce también la saludable alegría. Zarathustra no desdénaba la risa, sino que antes bien incitó a amarla. Él mismo alternaba su enseñanza adusta con las acrobacias de un bailarín y la cuerda tensa de éste le proporcionó una vez una admirable metáfora. Sectario de este ejemplo. Guillén cultiva con igual amor su desplante y su pirueta.

Ya en sus últimos libros: *El Libro de las Parábolas* y *La meditación de Nuestro Señor Yo*, de que tan poco caso ha hecho la crítica oficiante, apesar de ser lo más sustancioso de nuestra producción reciente, Guillén había dado pruebas de su humorismo lírico. Pero en ambos libros la alegría estaba contaminada de gravedad. En el de las *Parábolas*, apesar del deseo de originalidad del autor, los personajes de la fauna parlante, convocados para dirimir profundas cuestiones morales—todo el círculo amaestrado de la fábula—tenían una propensión atávica a la moraleja cuando no se la traían de antemano aprendida de memoria. En *La Imitación* hay ironía y dogmatismo sentencioso por partes iguales.

En *Corazón payaso*—inferior por cierto a los dos libros anteriores en hondura ideológica, como que es un simple escarceo de verso festivo—el poeta parece estar libre de preocupaciones trascendentales. ¿Qué cosa menos trascendental que un burgués? El poeta se ensaña contra el manso prójimo y lo hace el protagonista risible de su libro. Cada soneto sorprende una actitud suya o un rasgo psicológico y a veces hasta una simple y reveladora prenda de vestir, y de todas se forma, como en un mosaico, la multicolor figura total. El burgués posa innumerablemente para satisfacer el capricho de su fotógrafo gandul. Con frac y con chistera, que no logran disimular al antropoide; con borlas doctorales, debajo de las cuales se insinúan las orejas simbólicas o asoman los atavíos de Sganarella; en traje dominical de ceremonia, o en traje natural de hortera; en actitud de arco ante cualquier celebridad de aldea; disfra-



Alberto Guillén

zado de bohemio, con chambergo raído y corbata de listón, o llevando sobre los hombros, con inmunidad doctoral «la ironía trágica de la cabeza». Ahí se está el burgués criollo, con flor en el ojal, orgulloso de su vientre y de su faltriquera, asegurados el diploma y el puchero, candidato al chaqué y a la diputación. El humorista lo persigue y lo acosa como repórter de revista gráfica, asustándolo con los fogonazos de su ingenio. Le acompaña hasta la hora inevitable de la apología y de las satisfacciones póstumas, las exequias pomposas y las necrologías, para asistir, por último, con cara risueña, a la inauguración del busto, que con cierto relativo aire de prócer, lo inmortaliza ante los tontos.

Pero donde mejor florece su humorismo, es cuando anuncia su propósito, no del todo insincero, de aburguesarse y adopta para el caso las mansas actitudes de sus víctimas. La *Carta a Fray Luis* y a *Don Juan Primero*, son bellos

ejemplos de esta burla irónica. Alguna vez promete dejarse la melena, una melena nazarena y usar corbata carmesí. En *El Asno* podría decirse que culmina este humor, cuando al sentirse rodeado de tanta suficiencia con monóculo, exclama:

y yo, entre tanto inteligente,
siento unas ganas derrepente
de mordisquear el verde.

Pero ni hiel ni rencor en esta sátira regocijada. Poesía sí, a cada momento, por entre las púas de tanta burla. El poeta no se olvida de su misión divina ni de su fraternidad con la naturaleza. Jactanciosamente hace el paralelo entre él, lírforo celeste, y los pobres diablos que se olvidan del alma pensando en el puchero y esperan un hijo anual de su mujer. Él sabe que el claro de luna no se mastica y después de violar a las novias fáciles se ríe del Código Penal. Como las aves evangélicas, no se preocupa del grano que ha de comer, porque está ahito de versos y desdeña la fortuna de los burgueses porque se siente millonario de estrellas.

Si no olvida su condición de poeta, si repite su nombre con un azoro siempre niño, tampoco puede prescindir de la espléndida manía de sus paisajes. Su sátira está impregnada de panorama. Usa del paisaje como contraste. Recorta las obesas figuras de sus personajes, para que se destaque en algún ángulo del cuadro la ironía de un cielo de poema. Mezcla jubilosamente égloga y epigrama.

Si la Naturaleza era para Renán de una inmoralidad trascendente y el sol alumbraba por igual a